

TRAÉ ALFAJORES

EPISODIO 100: Argentinos

Hola muy buenas, acá Matías. Bienvenidos a Traé Alfajores — Argentina para no argentinos. En cada episodio nos metemos en temas que nos definen y representan como país, para descubrir qué hay realmente detrás de la palabra “Argentina”.

Pueden encontrar la transcripción gratuita de todos los episodios y también información sobre clases y otros recursos en www.ventureoutspanish.com

Empezamos.

Episodio 100 de Traé Alfajores.

Y 100 es un número que pide algo especial. Por eso, hoy vamos a hablar de los argentinos. Del elefante en la habitación.

En este episodio voy a ir desglosando algunos adjetivos que me parece que aplican a los argentinos y argentinas en esa escala colectiva donde “todos” es “nadie en particular”.

Ya aclaré algo parecido en el episodio 96, cuando hablamos de argentinidad, así que lo repito: esto no es ciencia; es una lectura personal, construida con 39 años de vivir acá, de observar, de prestar atención a lo que pasa en la parte de Argentina que conozco, cómo nos ve el mundo, cómo nos mostramos al mundo, así que de eso se trata lo que estamos haciendo hoy.

Y para este episodio vamos a traer a Carl Jung, el famoso psicólogo suizo.

¿Por qué?

Porque Jung habló del inconsciente colectivo, y esa idea nos viene muy bien para el episodio de hoy. La teoría de Jung es que hay patrones compartidos, imágenes y comportamientos que emergen de algo más profundo que la experiencia individual. Y, en ese sentido, los argentinos podemos ser un ejemplo interesante.

Empecemos.

Vamos con uno relativamente fácil primero: los argentinos somos **habladores**. Tenemos opinión sobre todo, y una capacidad llamativa para extender una conversación que podría durar 10 minutos y transformarla en una conversación de una hora. Esto me parece que tiene que ver con que nos gusta el intercambio, nos gusta conocer al otro.

Somos **confianzudos**, también. Confianzudo es alguien que toma confianza rápidamente. Para bien y para mal.

Muchos de estos adjetivos pueden tener su lado luminoso y su lado oscuro.

Los argentinos tratamos a todos de “vos”, tuteamos a desconocidos con la familiaridad de alguien que conocemos de toda la vida. Rompemos la distancia con mucha facilidad (como hablamos en el último episodio).

Y esto, para mí, lo que refleja es una sensación de igualdad, de horizontalidad, que está muy buena.

También somos **exagerados**. Todo es lo mejor o lo peor. Los matices existen, pero en lo cotidiano, nuestras opiniones, nuestras vivencias, siempre están un poco hacia el lado

extremo. Ya hablé de nuestra tendencia a polarizarnos en el episodio de Boca-River, así que los invito a escucharlo si todavía no lo hicieron.

Algunos dicen que somos **arrogantes**, pero en realidad la palabra es **cancheros**. Canchero es el que maneja la situación con aparente facilidad, con soltura, con confianza. Y claro, hay algo de presumido en el canchero, y ese es el costado menos agradable, donde se transforma en arrogancia. Pero, en la expresión más positiva, tiene que ver con el carisma.

Después está el tema de la competitividad. Yo diría que los argentinos somos **competitivos**. Eso se ve en nuestras comparaciones con otros países y con otras personas dentro de Argentina. Relacionado con lo que dije un poquito más arriba, los argentinos necesitamos ser los mejores, o al menos compararnos con los mejores y decir: "Nosotros podríamos ser eso".

Y conectado con la competitividad, somos **malos perdedores**. Hay siempre una explicación disponible para la derrota: el imperialismo, el presidente, la oposición, el árbitro, la mala suerte. Siempre nos resulta más fácil echarle la culpa al otro y nos cuesta mucho asumir la responsabilidad por la parte que nos toca.

Somos **quejosos**, también. Hay una comodidad en la queja difícil de explicar, pero que es muy argentina. Quejarse no necesariamente implica querer cambiar las cosas, sino simplemente una forma de liberar enojo y frustración.

Somos buenos en primeras impresiones. La hospitalidad argentina es real y casi todas las personas que visitan el país lo perciben. El primer encuentro con un argentino suele ser cálido, se siente la buena onda, y eso nos hace quedar bien en ese primer contacto.

Somos **ingeniosos**, también. La Argentina tuvo suficientes oportunidades — oportunculcrisis— como para aprender a moverse en la incertidumbre. El ingenio argentino es tal vez un rasgo cultural. Saber arreglárnoslas, encontrar la salida donde no parece haber ninguna, es una habilidad que se practica todo el tiempo.

Muchos perciben que los argentinos somos **apasionados**. Otra vez, esto en el fútbol puede verse muy bien, pero también es algo que se escucha cada vez que una banda da un concierto en Argentina. El comentario típico es que la gente responde con mucha más pasión, con muchas más ganas y conexión con el show.

Somos **impuntuales**. No le pidas puntualidad a un argentino si no es por cosas como el horario de trabajo o para tomar un vuelo. Las ocasiones sociales siempre incluyen un buffer de por lo menos media hora.

Somos **repetitivos**, además. Contamos la misma historia mil veces, con el mismo énfasis, esperando las mismas reacciones. Construyendo complicidad. Y lo aceptamos; creo que nadie podría discutir esto.

Y hablando de repetición, hay un sentimiento **nostálgico**, circular, que nos envuelve. Y creo que eso tiene que ver con la inmigración que tuvo Argentina en su nacimiento.

En Argentina hubo gente que vino de distintos lugares del mundo y tuvo que dejar atrás todo lo que conocía, en tiempos donde volver no era una opción demasiado fácil.

Esa nostalgia de lo que quedó del otro lado encontró una forma de expresarse en nuestra tendencia a decir que "todo tiempo pasado fue mejor".

Y hay una sensibilidad para alimentar esa nostalgia, que es una memoria muy fuerte, pero con la que no interactuamos en la realidad directa, sino que la mayoría de las veces recortamos. Nos quedamos con fragmentos, y esos fragmentos se polarizan.

Entonces, idealizamos el pasado o lo demonizamos también. Podemos decir "todo tiempo pasado fue mejor", pero también podemos decir "este país siempre fue un desastre". Las dos versiones pueden encontrarse en boca de argentinos.

Sufrir parece ser una marca de argentinidad. No siempre como víctimas, pero sufrir parece secretamente gustarnos. Tiene que ver con lo que mencioné antes del ingenio, y hay algo casi romántico con la adversidad.

Y al principio dije que somos habladores. Y yo creo que somos definitivamente un pueblo que tiene cierta fascinación por la palabra, por hablar, por comunicarnos, por ser entendidos.

Y también creo que, sin dudas, tenemos cualidades muy valiosas. Lo que pasa es que los rasgos que más nos definen son los mismos que, mal calibrados, se convierten en problemas.

Como saben, en Traé Alfajores intento atrapar y nombrar esas cosas que hacen de Argentina Argentina.

Espero que con todos los episodios que tiene el podcast haya quedado claro que hay señales de argentinidad, pero que no hay una única argentinidad monolítica.

Son 100 episodios, así que quiero agradecerles por estar acá, y también quiero adelantarles algo importante: después de este episodio se viene una nueva etapa para Traé Alfajores. Los primeros 100 episodios van a quedar publicados en donde están ahora, pero a partir del próximo episodio, el podcast va a cambiar un poco su forma de publicación.

Así que, junto con este episodio, voy a publicar un mensaje corto explicando todo con más detalle.

Gracias, como siempre, por estar del otro lado.

Les dejo un abrazo.

Nos encontramos pronto.